

## La identidad del escritor

Enrique Domínguez Millán

Permitidme expresar en primer lugar mi satisfacción por la organización de este Congreso que, además de facilitarnos unas jornadas de convivencia que espero resulten agradables para todos, posibilita que nos presentemos como colectivo ante la sociedad de la que formamos parte. Y para presentarnos en sociedad debemos hacerlo poniendo de manifiesto cuáles son nuestras señas de identidad. A eso quiere referirse mi ponencia. Mi intención es situar al escritor ante sí mismo, ponerle frente al espejo y tratar de que descubra, en la imagen que ese espejo le devuelve, las notas distintivas de su identidad como escritor.

Tal vez la primera pregunta que haya que encarar sea ¿qué es ser escritor? O si se prefiere, ¿qué es lo que define al escritor? Se ha dicho muchas veces que el escritor es un hombre como los demás, cuyo oficio es escribir. Esta afirmación es falsa. Puede aplicarse a un escribano, a un escribiente, pero no a un escritor. Desde mi punto de vista son evidentes dos verdades. Primera: no todos los que escriben son escritores. Segunda: los escritores no son como los demás hombres. La primera pienso analizarla más adelante. Vamos con la segunda. Tratemos de señalar cuáles son la características diferenciadoras del ser escritor.

Todo verdadero escritor, lo confiese o no, tiene plena conciencia de no ser como los demás hombres. Su experiencia vital le ha enseñado, a veces dolorosamente, que es distinto en muchos de sus comportamientos, en muchas de sus ideas, en sus formas de ver y enjuiciar las cosas, así como en sus aspiraciones y en sus sueños. Esta conciencia de su "rareza" no es el fruto de un estúpido narcisismo. Muy al contrario, es algo que la vida le ha ido demostrando a lo largo de sus muchos o pocos años y que constituye frecuentemente una realidad más bien amarga que placentera o gratificante. Es más: la sociedad a la que pertenece, el entorno que le rodea, también lo considera distinto y suele otorgarle un trato que no es igual al que concede a los demás. Unas veces porque le desprecia, porque le considera un ser inútil, marginal, ajeno a los intereses y a las preocupaciones de los seres "normales". Otras por todo lo contrario, porque le admira, porque ve en él un ser superior, que se rige por otras coordenadas, que habita en "otro" mundo, lejos o por encima de lo que caracteriza el vivir de los seres corrientes.

Sí: el escritor se sabe "distinto". Pero... ¿cuáles son las notas que configuran esa "distinción"? La primera podría ser la sensibilidad. El escritor, para su bien o para su mal, goza o padece de una especial sensibilidad que se manifiesta preferentemente ante determinadas manifestaciones del ser o del existir, como la belleza, el dolor, la generosidad, el sacrificio... Pero esta sensibilidad no pertenece en exclusiva al escritor. La poseen muchas personas que no son escritores, aunque supongan en la sociedad una selecta minoría.

Daríamos un paso adelante si añadiésemos que, además de poseer esa sensibilidad y a partir de ella, el escritor es un ser capaz de sentir emoción estética e incluso de hacerla sentir a los demás. Pero estamos en el mismo caso. Son muchos los hombres que sienten esa emoción y no por ello pueden llamarse escritores. El hombre que se emociona ante la belleza de un paisaje, de una escultura, de un cuadro, de un poema, de una composición musical, y deja esa emoción infecunda dentro de sí, es evidente que no es escritor. El actor que sube a un escenario para interpretar un texto y se emociona con la hermosura de ese texto y hace sentir a sus espectadores esa misma emoción, tampoco puede decirse que sea escritor.

Si fuésemos añadiendo otras notas inherentes al temperamento artístico, nos encontraríamos con un grupo cada vez más reducido de personas en el cual, ciertamente, estarían integrados los escritores, pero también otros que no lo son, que son sólo amantes de la literatura, aficionados y degustadores de las bellas letras. Sería el momento de plantearse la pregunta definitiva: ¿cuál es la diferencia última, la

diferencia esencial que separa, aún dentro de este grupo, al escritor de quien no lo es? La respuesta parece obvia y sin duda lo es: lo que le diferencia es la capacidad de creación. Serán escritores solamente los creadores literarios. Como, en general, serán artistas los creadores de arte. No todos los que disfruten de la literatura o del arte: sólo aquellos capaces de producirlos.

Y aquí viene la cuestión más inquietante: ¿por qué unos seres pueden crear y otros no? ¿Es que la creación requiere especiales cualidades? ¿Y cuáles son esas especiales cualidades de las que está dotado el escritor? No creo que sea fácil para nadie contestar a estas interrogantes. Y si no es posible precisar con exactitud cuáles son esas cualidades, aún resulta más imposible saber por qué unos individuos están dotados para ellas y otros no lo están. El pensador hispanoamericano Samuel Ramos nos dirá a este respecto: *“El por qué no todos los individuos están dotados de genio artístico es un misterio tan impenetrable como el de saber por qué no todas las conchas del mar contienen perlas”*.

Lo cierto es que el escritor cuenta con una potencia misteriosa que le permite crear. Esta potencia, este órgano de la creación, es a lo que llamamos “genio” o “talento literario”, según sea el grado de su perfección o su excepcionalidad o quizás solo porque de alguna manera hay que llamarle.

Si la naturaleza de este órgano es misteriosa, también lo es su actividad. Nadie puede penetrar desde fuera en el secreto del proceso creador. Tampoco el escritor puede suministrar datos concretos acerca de ese proceso porque tiene -el proceso, claro- mucho de inconsciente que escapa a su propia razón. El escritor podrá decirnos que su actividad creadora no procede de una función aislada de su espíritu, sino de todo un conjunto de funciones espirituales. Nos dirá que cuando crea lo hace “con toda su alma” y a esta afirmación no hay que darle el valor discutible de la frase hecha, sino aceptarla en su significación literal. La creación literaria pone en juego toda la voluntad del escritor, toda su inteligencia, todo su interés, toda su atención. Se servirá de toda su experiencia, de toda su cultura, de todo su saber. Será un proceso integrador del “todo” del escritor, movido por el genio o el talento literario, hacia una actividad única: la creación. Ocurre, además, que la actividad creadora no es voluntaria, sino que obedece a un impulso, a una llamada superior de naturaleza desconocida, que arrebatada a la voluntad, que se impone a ella como un fatalismo, como una fuerza todopoderosa contra la cual no es posible rebelarse. Los poetas conocen bien este impulso, este hábito extraño al que muchos llaman inspiración y los que no quieren llamarle así no saben cómo denominarlo. Todos los poetas hemos sentido, sentimos, la llamada de la inspiración, a veces en los momentos más inoportunos, y sabemos que es inútil oponerse a ella. Como también conocemos la inutilidad de los esfuerzos que hay que realizar cuando nos ponemos a escribir faltándonos la inspiración. En ocasiones, el oficio logra suplir esa falta, por lo que hay quien se atreve a afirmar que la verdadera inspiración es ponerse a trabajar. Yo no estoy de acuerdo. Cualquier buen catador de arte sabe distinguir perfectamente entre una obra inspirada y una obra hecha solo a base de oficio. Pero es que, además, inspiración y trabajo no son términos contrapuestos. Muy al contrario, pueden y deben coexistir, pero sin confundirse. La inspiración es el motor que pone en marcha el proceso creador, pero la realización de este proceso no cabe duda de que es un trabajo. Tal vez la afirmación más certera en este punto se contenga en aquella célebre frase del poeta Paul Valéry: *“El primer verso lo dan los dioses; los otros son ya obra del poeta”*.

Bien: creo que tenemos ya bastante definido lo esencial de la identidad del escritor. El escritor es un ser que, en contraposición a los demás seres, es capaz de crear, de llevar a cabo reiterados actos de creación literaria. Tiene en su haber una capacidad que le ha venido dada sin saber por qué, que ha sido puesta en su interior como esa perla que no se encuentran en todas las conchas del mar. Podemos, pues, decir que es un elegido en el estricto sentido de la palabra. Y también -¿por qué no?- un predestinado, aunque esto ya nos llevaría a otras consideraciones.

Dijimos al principio que no todo el que escribe es escritor y establecíamos la diferencia en la propia esencialidad de la escritura, prometiendo para más adelante un análisis de esa esencialidad. Vamos a hacerlo ahora con la brevedad que las circunstancias nos imponen.

La escritura es el mecanismo por el cual se revelan, mediante signos gráficos, unas realidades anímicas, unas entidades espirituales que son las ideas. En toda expresión, hablada o escrita, existen estos dos elementos bien definidos: un elemento oculto, que no puede manifestarse por sí mismo, y otro elemento sensible, que sirve de vehículos para revelar el primero. La escritura común tiene una finalidad pragmática: la comunicación entre seres humanos separados por una distancia o el desahogo de una tensión psíquica. Como lo que importa es el logro de esa finalidad, la forma expresiva es lo de menos, incluso tendemos a que nos cueste el mínimo esfuerzo utilizando frases hechas que abundan en el lenguaje corriente y que bastan a nuestras necesidades prácticas de expresión. En la conducta cotidiana el empleo del lenguaje es una función casi automática que, tras un inicial y necesario aprendizaje, se realiza con la facilidad y continuidad de un hábito.

Pero frente a esta escritura habitual, la escritura literaria constituye un mundo totalmente distinto. Para el escritor la forma expresiva adquiere un valor excepcional. El escritor se ve en la precisión de tener que seleccionar su propio material expresivo, incluso de crearlo en ocasiones. El escritor sabe que el lenguaje común, el lenguaje vulgar, no le sirve, porque lo vulgar es lo antiestético, es un valor negativo. Frente a esa escritura vulgar, la escritura literaria tiene el deber de ser "selecta".

Al seleccionar su propia materia expresiva, el escritor lo hace desde su personalidad. Es decir, que esa materia por él escogida lleva impreso el sello de su gusto estético, de su sentido de la belleza, hasta constituir un algo particularmente suyo. La forma de seleccionar y exponer su expresión literaria es lo que llamamos "estilo". El estilo es lo que define a cada escritor, lo que le diferencia de los demás, lo que le "identifica". El estilo es el principal elemento constitutivo de su identidad como escritor. Así lo quiso significar Bufón en su *Discurso del Método* al decir su famosa afirmación: "*El estilo es el hombre*". Cada hombre, cada escritor, tiene su propio estilo. De ahí que un escritor sin estilo no sea verdaderamente un escritor.

El escritor sabe que su obra será tanto más apreciada cuanto más acusadamente se diferencie de la de los demás. De ahí su búsqueda incansable de la originalidad. Un escritor original es un escritor que no se parece a ningún otro. El genio es un ser radicalmente original, un ser de una individualidad tan poderosa que raya literalmente en lo singular. A ello debe aspirar todo escritor que se precie de serlo.

A grandes rasgos hemos trazado las líneas maestras que determinan la identidad del escritor. Una identidad que el escritor ha de defender a toda costa si no quiere dejar de ser lo que es. Y la mejor defensa es la de ser en todo momento fiel a sí mismo, sin dejarse doblegar por sobornos ni por amenazas. Cuando un escritor traiciona sus convicciones, abdica de su calidad literaria o adultera su estilo ha entrado en un proceso de degradación que puede llevarle a su destrucción total como escritor.

Se ha hablado reiteradamente de la función social del escritor. Sin entrar en las muchas reflexiones que el tema suscita, me parece evidente que el escritor está al servicio de la sociedad, no para adularla, sino para perfeccionarla, aunque tenga para ello que ejercer una dura crítica. Esta servidumbre ni es cómoda ni es grata. Exige vocación y esfuerzo. Exige capacidad de entrega. ¿Y qué es lo que, a cambio de esa entrega, pide el escritor a la sociedad? Sólo una cosa, amén de respeto: le pide libertad. El escritor quiere ser libre, necesita ser libre para que su personalidad -que es tan esencial en la concepción y en la realización de su obra- pueda desarrollarse sin deformaciones. Libertad para poder ser en todo momento él mismo, para que nada ni nadie puedan alterar o adulterar su identidad. Esto es lo que el escritor le pide a la sociedad y esto es lo que la sociedad está obligada a darle.

Sólo quien es libre puede ser responsable. El escritor será responsable de su obra en la misma medida en que haya sido libre para crearla. Su responsabilidad se acaba -

o al menos queda en gran parte disminuida- cuando algún tipo de poder -político, administrativo, editorial o mediático- pone cortapisas a su libertad de expresión, somete a censura previa su obra o le obliga a ceñirse a unas determinadas consignas propiciando así el fenómeno de la autocensura.

La libertad del escritor no debe aceptar más límites que los que el propio escritor se imponga llevado de su sentido de la responsabilidad, del respeto debido a sus semejantes y de su código moral. Tres cosas que forman parte de su personalidad, de su identidad como escritor y que, consecuentemente, a él solo pertenecen.

He intentado trazar aquí, a grandes pinceladas y desde mi modesto entender, algunos de los signos de identidad que caracterizan o deben caracterizar al escritor. En la medida en que cada uno los posea y les sea fiel, independientemente de la mera calidad literaria de su obra, estará determinada su verdadera condición de escritor. Que, en definitiva, es lo que, a lo largo de toda nuestra vida, tenemos que acreditar.